drieras de los almacenes se ve blanquear el patio, luego lo alto de las ventanas, y por fin todo un lado del salón. A medida que aumenta la luz, se borran y confunden las figuras. Bien pronto M. Majesté ya no ve sino dos de los violinistas retrasados en un rincón y que se evaporan al tocarles la claridad del día. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, y las cuales se mezclan con las chispas que hacen saltar las ruedas de un vehículo de trasporte que penetra con gran estrépito por el zaguán abierto...

LAS TRES MISAS REZADAS

I

Dos pavas trufadas, Garrigou?...

—Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...

—¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou...

Y, además de las pavas, ¿qué otras cosas has visto en la cocina?...

—¡Oh, toda suerte de cosas buenas!... Desde á mediodía no hemos hecho más que desplumar faisanes, abubillas, pollas cebadas y gallos silvestres. Volaban las plumas que era una bendición... Luego, trajeron de la laguna anguilas, carpas doradas, truchas...

—¿Cómo de gordas, Garrigou?...

—Así de gordas, mi reverendo... ¡Enormes!...

—¡Santo Dios, me parece que las estoy viendo!... ¿Has puesto el vino en las vinajeras?

—Sí, reverendo padre, he puesto el vino en las vinajeras... Pero, ¡carambita! no vale nada en comparación del que beberá vuestra merced al salir de la misa del gallo. ¡Si viese vuestra paternidad en el

comedor del castillo todas esas garrafas que llamean colmadas de vinos de todos colores!... Pues ¿y la vajilla de plata, los centros cincelados, las flores, los candelabros!... ¡En la vida se volverá á ver una cena semejante! El señor marqués ha invitado á todos los señores de la comarca. Vuestras mercedes serán á la mesa lo menos cuarenta, sin contar con el bailío y con el cartulario... Mi reverendo padre, ¡ah, qué feliz es vuestra merced con estar entre los comensales!... Nada más que de haber oliscado esas hermosas pavas, á todas partes me sigue el olor á trufas... ¡Hum, qué rico!...

—Vamos, vamos, hijo mío. Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo la noche de la Natividad... Anda prontito á encender las velas

y dar el primer toque para la misa, porque se aproxima la media noche y no hay que hacer aguardar...

Celebrábase esta conversación una noche de Navidad del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo padre *dom* Balaguère, antiguo prior de los Barnabitas, á la sazón capellán estipendiado por los señores de Trinquelague, y su acólito Garrigou, ó á lo menos el que tenía por tal acólito Garrigou. Pues conviene saber que aquella noche el diablo había tomado la cara rechoncha y las facciones indecisas del joven monaguillo, para mejor inducir á tentación al reverendo padre y hacerle cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, mientras que el sedicente Garrigou (¡hum! ¡hum!) badajeaba de lo lindo las campanas de la capilla se-

ñorial, su paternidad el reverendo revestíase su casulla en la pequeña sacristía del castillo, y con el espíritu trastornado ya por todas esas descripciones gastronómicas, repetía en su interior al revestirse:

—¡Pavas asadas con trufas... carpas doradas... truchas así de gordas!...

Por fuera soplaba el viento de la noche, desparramando á lo lejos la música de las campanas; y á compás de ella aparecían luces entre la oscuridad en las faldas del monte Ventoux, en la cima del cual asentábanse los viejos torreones de Trinquelague. Eran familias de colonos que venían al castillo á oir la misa de media noche. Trepaban por la ladera cantando villancicos, en grupos de cinco ó seis personas; el padre delante con la linterna en la mano,

detrás las mujeres envueltas en sus grandes mantelos pardos, con que se arropaban y abrigaban los niños. A pesar de la hora y del frío, todas aquellas buenas gentes del pueblo caminaban con alegría, sustentándoles la idea de que al salir de misa habría mesa puesta para ellos como todos los años, en las cocinas de la planta baja. De vez en cuando, por la áspera subida, la carroza de un señor precedida por criados con antorchas, hacía refulgir como espejos sus cristales á la claridad de la luna; ó bien trotaba una mula agitando sus campanillas, y á la escasa luz de los faroles envueltos por la bruma, los colonos reconocían á su bailío y le saludaban al pasar:

—Buenas noches, maestro Arnoton, buenas noches.

—Buenas noches, hijos míos, buenas noches.

La noche estaba clara, con las estrellas fulgurantes de frío; pinchaba el cierzo; y un fino granizo, deslizándose por la ropa sin mojarla, guardaba con fidelidad las tradiciones de las Nochebuenas blancas de nieve. En lo alto de la cuesta aparecía, como la meta, el castillo con su colosal masa de torres, de frontispicios puntiagudos, la espadaña de su capilla remontándose hacia un cielo azul oscuro; y una multitud de lucecitas, que oscilaban, iban y venían, agitábanse tras de todas las ventanas, semejando sobre el oscuro fondo del edificio las chispas que corren por las pavesas del papel quemado... Después de pasar el puente levadizo y la poterna, para dirigirse á la capilla

era menester cruzar por el patio de honor, lleno de carrozas, lacayos y literas, resplandecientes con la luz de las antorchas y la lumbre de las cocinas. Oíase el retintín de las ruedas de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de las vajillas de cristal y de plata, removidas en los aprestos para una refacción. Pero aún más que todo ello, un vaho tibio, de delicioso olor á carnes asadas y á las hierbas aromáticas de las salsas difíciles de preparar, es lo que hacía decir á los colonos, al capellán, al bailío, á todo el mundo:

—¡Qué magnífica cena vamos á tomar después de misa!

II

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!... ¡Tin, tin!... ¡Tilín!...

Empieza la primera misa de media noche. Dentro de la capilla del castillo, una catedral en miniatura, con bóvedas por arista y tableros de roble casi tan altos como los muros, están colgados todos los tapices y encendidos todos los cirios. ¡Cuánta concurrencia! ¡Y qué galas en el vestir! En primer lugar, sentados en la esculpida sillería del coro, están el señor de Trinquelague, con traje de tafetán de color salmón, y junto á él todos los nobles señores invitados. Enfrente, sobre reclina-

torios forrados de terciopelo, ocupan su sitio la vieja marquesa viuda con su vestido color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, con una monumental toca de encajes, encañonada según la última moda de la corte de Francia. Más abajo, vestidos de negro con grandes pelucones terminados en punta y afeitadas las caras, se ve al bailío Tomás Arnoton y al escribano cartulario, Sr. Ambroy, dos notas serias entre las sedas chillonas y los brocados de damasco. Luego vienen los orondos mayordomos, los pajes, los palafreneros, los intendentes, la dueña Bárbara, todos con sus llaves colgando á un lado, sujetas por un llavero de plata fina. Al fondo, en los bancos, está la baja servidumbre, las criadas, los colonos con sus familias, y, en fin, á lo último de

todo, junto á la puerta, que entreabren y vuelven á cerrar discretamente, se hallan los señores pinches de cocina, quienes, entre salsa y salsa, vienen á oir su miajita de misa y á traer un olor á cena dentro de la iglesia, engalanada de fiesta y tibia por tantos cirios ardiendo.

¿Será el ver esas gorritas blancas lo que hace padecer distracciones al celebrante? Quizá sea más bien la campanilla de Garrigou, esa endiablada campanillita que repiquetea al pié del altar con infernal precipitación, y parece estar diciendo todo el tiempo: «Abreviemos, deprisita... Cuanto antes concluyamos, más presto estaremos á la mesa.» El hecho es que, cada vez que suena esa campanilla del demonio, el capellán se olvida de la misa y sólo piensa en la cena. Imagínase

el runrún de las cocinas, las hornillas donde arde un fuego de fragua, el husmillo que sale bajo las tapaderas entreabiertas, y dentro de este vaho dos magníficas pavas ahitas, redondas y jaspeadas de trufas...

O bien ve pasar filas de pajecillos con platos brumosos de vapores que tientan, y penetra con ellos en el gran salón, dispuesto ya para el festín. ¡Oh delicia! Mirad la grandísima mesa, aderezada y flamígera, los pavos reales vestidos con su plumaje, los faisanes separando sus alas irisadas, los frascos de color de rubí, las pirámides de frutas destacándose lustrosas entre las verdes ramas, y esos maravillosos pescados de que hablaba Garrigou (¡sí, Garrigou!), tendidos en un lecho de hinojo, con sus escamas nacari-

nas, cual si acabasen de salir del agua, y con un ramito de olorosas hierbas en sus narices de monstruos. Es tan viva la visión de tales maravillas, que parécele á *dom* Balaguère como si todos esos manjares mirificos se hallasen servidos ante él sobre los bordados de la sabanilla del altar, y dos ó tres veces se sorprende á sí mismo á punto de decir el *Benedicite* en vez de *Dominus vobiscum*. Aparte de estos leves yerros, el santo varón despacha su oficio divino con suma conciencia, sin pasarse una línea, sin omitir una genuflexión, y todo marcha bastante bien hasta el fin de la primera misa; porque ya sabéis que el día de Navidad un mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.

«¡Y va una!», dice para sus aden-

tros el capellán, con un suspiro de alivio. Luego, sin darse punto de reposo, hace señas á su acólito, ó á quien tiene en concepto del acólito, y...,

¡Tilín, tin, tin, tilín!

Comienza la segunda misa, y con ella principia también el pecado de *dom* Balaguère. «Pronto, vivo, despachemos», le grita con su vocecita cascada la campanilla de Garrigou; y esta vez el infeliz oficiante, abandonándose por completo al demonio de la gula, se dispara hacia el misal y devora las páginas con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se baja, se levanta, bosqueja las señales de la cruz y las genuflexiones, y achica todos sus ademanes para concluir más pronto. Apenas extiende sus brazos al *Evangelio*, cuando se da los golpes

de pecho del *Confiteor*. Entre el monacillo y él se las apuestan á quien diga todo más de taravilla. Precipítanse y se dan empellones los versículos y las respuestas. Las frases á medio pronunciar, sin abrir la boca (lo cual exigiría demasiado tiempo), concluyen por ser unos murmullos incomprensibles.

Oremus... biss... biss... biss... biss...

Mea culpa... pa... pa...

Como vendimiadores que deprisa y corriendo meten los racimos en la cuba espachurrándolos, de igual manera se zabullen ambos en el latín de la misa, enviando salpicaduras á todas partes.

Dom... iscum... dice Balaguère.

...Stutuo... contesta Garrigou. Y á cada instante la condenada campanillita repiquetea en sus oídos,

como esos cascabeles que ponen á los caballos de posta para hacer que galopen con gran velocidad. Ya comprenderéis que á ese paso pronto se despacha una misa rezada.

«¡Y van dos!», dice el capellán sin aliento. Después, sin tomarse tiempo para respirar, encendido, sudando á chorros, baja á la carrera las gradas del altar, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Principia la tercera misa. Ya quedan pocos pasos que dar para ir al comedor; pero, ¡ay!, á medida que se acerca la cena, el infortunado Balaguère siéntese presa de un frenesí de impaciencia y de gula. Su visión parece más palpable: allí están las carpas doradas, las pavas asadas. Las ve... las toca, se las... ¡Santo Dios!... Las viandas humean, los vinos embalsaman... Y

sacudiendo su condenado badajo, la campanillita le dice á gritos:

«¡Hala, hala, más aprisa!»

Pero, ¿puede correr más? Apenas se mueven sus labios. No pronuncia ya las palabras... ¡A menos de hacer toda clase de fullerías al misericordioso Dios y escamotearle su misa!... Y eso hace el desdichado... De tentación en tentación comienza por saltarse un versículo, después dos. Como la *Epístola* es demasiado larga, no la concluye; desflora el *Evangelio*, pasa por delante del *Credo* sin entrar en él, se come el *Pater noster*, saluda de lejos el *Prefacio*, y á saltos y brincos se precipita así en la condenación eterna, seguido siempre por el infame Garrigou (*vade retro, Satanas*), quien le secunda con asombrosa inteligencia de cómplice, le le-

vanta la casulla, vuelve las hojas dos á dos, atropella los pupitres, derriba las vinajeras y repiquetea sin cesar la campanillita, cada vez más fuerte, cada vez más á escape.

¡Tenía que ver la cara atónita de todos los asistentes! Obligados á seguir por la mímica del sacerdote aquella misa de la cual no pescan ni una jota, levántanse unos mientras se arrodillan otros, siéntanse éstos cuando aquéllos continúan de pié; y todas las fases de esa extraña misa se confunden en los bancos, entre una multitud de actitudes diversas. La estrella de Belén, en camino por las sendas del cielo allá abajo hacia el humilde establo, palidece de espanto al ver tal confusión...

—El señor cura va muy de pri-

sa... No se le puede seguir—murmura la vieja marquesa viuda, agitando su cofia con extravío. El maestro Arnoton, con sus grandes gafas de acero montadas en la nariz, busca en su devocionario por dónde diantres andará. Pero, en el fondo, á todas aquellas buenas gentes, que también están pensando en cenar, no les incomoda el que la misa vaya por la posta. Y cuando *dom* Balaguère, con el rostro radiante, se vuelve hacia los fieles gritando con todas sus fuerzas: *Ite, missa est*, toda la capilla le contesta á una sola voz, un *Deo gratias* tan alegre y comunicativo, que parece como si estuviesen ya á la mesa, en el primer brindis de la cena.

III

Cinco minutos después tomaban asiento en el gran comedor todos aquellos señores, y el padre capellán ocupando una cabecera. El castillo, iluminado de arriba á abajo, retumbaba con los cánticos, los gritos, las risas, los ruidos de todas clases; y el venerable *dom* Balaguère clavaba su tenedor en un alón de abubilla, ahogando los remordimientos de su pecado entre olas de vino del Papa y sabrosos jugos de viandas. Tanto bebió y comió el pobre santo varón, que en la misma noche murió de un terrible cólico prieto, sin haber tenido tiempo ni

siquiera para arrepentirse. Aquella mañana llegó á las puertas del cielo, rumoroso todavía por las fiestas de la Noche-Buena, é imaginaos cómo fué recibido allí:

«Apártate de mi vista, mal cristiano, le dijo el Juez Supremo Nuestro Señor; tu falta es bastante grande para borrar una vida entera de virtudes... ¡Ah! ¿Con que me has robado una misa de noche?... Pues bien: tendrás que pagarme trescientas en lugar suyo... Y tú no entrarás en el paraíso sino cuando hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos los que pecaron por tu falta y contigo...»

...Tal es la verdadera leyenda de *dom* Balaguère, según se refiere en el país de los olivos. En la actuali-

dad ya no existe el castillo de Trinquelague; pero aún existe la capilla en pié, en la cima del monte Ventoux, entre un ramillete de verdes robledales. El viento zarandea su desvencijada puerta, la hierba impide entrar; hay allí nidos en los ángulos del altar y en los alféizares de los altos ventanales, cuyas vidrieras de colores tiempo ha que desaparecieron. Sin embargo, parece ser que todos los años, por Noche-Buena vaga por entre esas ruinas una luz sobrenatural; y que al ir á misa y á cenar, los aldeanos ven ese espectro de capilla iluminada por cirios invisibles que arden al aire libre, hasta con nieves y vientos. Reíos, si queréis, pero un viñador de la comarca, llamado Garrigue (quizá un descendiente de Garrigou), me ha asegurado que

una noche de Navidad, hallándose un poco «mareado», perdióse en la montaña, hacia la parte de Trinquelague, y cátate que vió... Hasta las once, nada; todo en silencio, á oscuras, sin vida. De pronto, hacia la media noche, repicó un campaneo en lo alto de la espadaña, un campaneo cascado, decrépito, que parecía sonar á diez leguas. Bien pronto, en el camino que sube, vió Garrigue luces temblonas y sombras indecisas. Bajo el pórtico de la capilla andaban y cuchicheaban:

—«Buenas noches, maestro Arnoton.»

—«Buenas noches, hijos míos; buenas noches...»

Cuando hubo entrado todo el mundo, mi viñador, que era muy intrépido, se acercó muy quedo; y, mirando por la deshecha puerta,

atisbó un singular espectáculo. Todas aquellas gentes á quienes había visto pasar estaban en fila alrededor del coro, dentro de la ruinosa nave, cual si aún existiesen los antiguos asientos. Hermosas damas con trajes de brocado y cofias de encajes, señores galoneados de piés á cabeza, aldeanos con capisayos de florones como los gastaban nuestros abuelos: todos con aspecto de vejez, marchitos, polvorientos, fatigados. De vez en cuando, las aves nocturnas, habituales huéspedes de la capilla, despertándose con todas aquellas luces, revoloteaban en torno de los cirios, cuya llama subía recta y esfumada como si ardiese detrás de una gasa. Y lo que más divertía á Garrigue era cierto personaje con grandes anteojos de acero, quien á cada instante sacudía su

enorme peluca negra, sobre la cual estaba engolfado y tieso uno de tales pajarracos, batiendo silenciosamente las alas...

En el fondo, un viejecito de infantil estatura, arrodillado en medio del coro, agitaba con desesperación una campanilla sin badajo y sin voz; mientras que un clérigo, revestido con casulla de oro viejo, iba y venía delante del altar, recitando oraciones sin que se le entendiese ni una sola palabra de ellas... De seguro que era *dom* Balaguère, en vías de decir su tercera misa rezada.